



Scotto, Victoria. "Entre posfilologías y ciberculturas".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, julio de 2022, vol. 11, n° 25, pp. 142-155.

Entre posfilologías y ciberculturas: un recorrido por dos aportes para pensar la lectura de nuevas textualidades en el siglo XXI

Between Postphilologies and Cybercultures: a Walk through Two Contributions
about Reading New Textualities in the Twenty-First Century

Victoria Scotto ¹

ORCID: 0000-0002-9052-1197

Recibido: 01/04/2021 || Aprobado: 20/08/2021 || Publicado: 14/07/2022

Resumen

Ante la sostenida crisis disciplinar que enfrenta la filología, y ante el surgimiento de la cibercultura, dos autores arrojan luz sobre nuevas formas de teorizar sobre la lectura. Estudiar los aportes de Daniel Link en *Suturas* y Juan José Mendoza en "Avatares de los textos en la época de la reproductibilidad digital" puede dilucidar cómo una nueva concepción de la textualidad propuesta por la cibercultura representa el núcleo de la crisis de la filología que ha sido diagnosticada por una serie de importantes teóricos. El trabajo comienza con un estado de la cuestión de la crisis de la filología desde fines del siglo XX hasta mediados de la segunda década del siglo XXI, y luego continúa con un análisis de los trabajos de Link y Mendoza. A partir de allí se enuncian y abordan una serie de interrogantes en función de indagar cómo debería encargarse la filología de estar a la altura de estas nuevas textualidades, y se concluye explicando qué concepciones puede dejar atrás para hacerlo y que sin dudas es la filología la disciplina que debe encargarse de la lectura de este masivo caudal textuario que es el imperio de internet.

Palabras clave

Filología; cibercultura; Link; Mendoza; textualidad

Abstract

In the face of the disciplinary crisis of philology and the emergence of cyberculture, two authors shed light on new ways of theorizing about reading. Studying the contributions of Daniel Link in *Suturas* and Juan José Mendoza in "Avatares de los textos en la época de la reproductibilidad digital" can show how the new forms of textuality brought by cyberculture stand at the core of the crisis of philology that has been diagnosed by a number of leading theorists. The paper begins with a state of the art of the crisis of philology between the late twentieth century and the middle of the second decade of the twenty-first century, and then continues with an analysis of the works by Link and Mendoza. From there, a series of questions emerge, and this paper addresses them in order to investigate whether or not philology should be in charge by living up to this new textuality. It concludes by explaining what conceptions it can leave behind to do so and that philology is undoubtedly the discipline that must be in charge of reading this massive textbook flow that is the empire of internet.

Keywords

Philology; cyberculture; Link; Mendoza; textuality.

¹ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas/ Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales/ Universidad Nacional de La Plata. Victoria Scotto es Licenciada y Profesora en Letras por la Universidad Nacional de La Plata. Desde 2016 ejerce la docencia en escuelas secundarias y desde 2017 es becaria doctoral de CONICET. Sus investigaciones tienen lugar en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales. Contacto: scottovictoria@gmail.com



(...) Tlön. Las naciones de ese planeta son –
 congénitamente– idealistas. Su lenguaje y las
 derivaciones de su lenguaje –la religión, las letras, la
 metafísica– presuponen el idealismo. El mundo para
 ellos no es un concurso de objetos en el espacio; es una
 serie heterogénea de actos independientes. Es sucesivo,
 temporal, no espacial.

J. L. Borges, “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”
 (1944)

Introducción

En este trabajo se abordará la relación entre la cibercultura y las nuevas textualidades producidas en ella, y la disciplina que se encarga, al menos desde el siglo XIX, de la edición, traducción, conservación y transmisión de textos: la filología. Para abordar esta relación se utilizarán las elaboraciones de dos críticos literarios argentinos: Daniel Link y Juan José Mendoza. Desde el estudio de dos trabajos de estos autores se buscará indagar en las transformaciones que sufre la filología en las postrimerías del siglo pasado y en pleno desarrollo de la cibercultura masificada. Los trabajos seleccionados para realizar este estudio son los contenidos en *Suturas. Imágenes, escritura, vida* de Daniel Link (2015) y “Avatares de los textos en la época de la reproductibilidad digital. (Ensayo para una historia de las textualidades)” de Juan José Mendoza (2019). En ellos se explorarán dos perfiles diferentes de las nuevas exigencias que se le hacen a la filología en función de cómo se la define disciplinariamente durante el siglo XX, y de cómo la cibercultura pone en tensión sus tareas y premisas.

Inicialmente, se comenzará con un breve trazado de las características disciplinares asociadas a la filología a partir de ciertos sentidos construidos en circulación en las humanidades sobre cuál es el rol de esta disciplina. En segundo lugar, se tomará el trabajo de Daniel Link, *Suturas*, y se analizarán las tareas e incumbencias que propone para la filología partiendo de sus conceptos de “filología” y “posfilología”. Así, se estudiarán las lecturas que Link hace sobre qué significa ejercer la posfilología en la era digital, qué implica esto para el desarrollo de la escritura, cómo podría ejercerse académicamente una posfilología a la altura de los desafíos de la cibercultura y cómo analizar los restos de la agonizante “cultura textual, libresca e impresa” (Chartier 208).

Hacia el final se expondrán los argumentos que sostiene Juan José Mendoza para pensar estas cuestiones desde los nuevos modos de leer propuestos por la cibercultura. El análisis estará organizado en función de examinar la relación que propone Mendoza entre la(s) nueva(s) filología(s) y la cultura digital y la noción de textualidad o textualidades que generan que la cibercultura ponga en jaque a la filología tradicional. Para esto resultarán fundamentales algunos de los interrogantes planteados por la reflexión de Mendoza acerca de las nuevas formas de entender la lectura y la escritura ya entrado el siglo XXI.

Una filología en crisis

En los últimos años, en variadas disciplinas de las humanidades, se ha producido en la teoría un giro hacia la cuestión del archivo, que lo propone como un problema relevante para la reflexión en torno a las condiciones de posibilidad de los materiales de estudio de las humanidades (Ennis, “Rodolfo Lenz”). Dentro de esta tendencia, la filología parece una testigo privilegiada de la cuestión del archivo: calificada “la doctrina de todas las cosas que dependen

del arbitrio humano, como son las historias de todas las lenguas, de las costumbres, de las cuestiones de la paz y la guerra de los pueblos” por Giambattista Vico en su *Scienza nuova* durante la primera mitad del siglo XVIII, y reconocida como “la reina de las ciencias en las universidades europeas del siglo XIX” (Pollock 2-3), la filología se ocupó durante siglos del procesamiento, conservación y transmisión de textos, para salvarlos del olvido, del fuego, de soportes obsoletos.

Centrada en este rol, la autoridad de la filología (incuestionable en el siglo XIX) comenzó a entrar en decadencia en el siglo XX, y una gran cantidad de intelectuales se esforzaron por intentar delimitarla, o al menos definirla. Con posterioridad al avance de la crítica literaria signada por el estructuralismo y su posicionamiento firme en el estudio de los textos por los textos mismos –con Barthes como primer exponente, según desarrolla Topuzian–, durante la mayor parte del siglo XX la filología en verdad centró sus esfuerzos en consolidar un ejercicio del método lachmanniano de crítica textual extendido desde Alemania hacia toda Europa y utilizado especialmente para textos clásicos, como explica Morocho Gayo. Es decir: mientras que la filología se encargó especialmente de la literatura clásica, durante el siglo XX las preocupaciones por la escritura moderna y contemporánea las ocupó centralmente la teoría y la crítica literarias con el estructuralismo y luego el posestructuralismo como perspectivas privilegiadas para indagarlas.

Sin embargo, un retorno a la filología por parte de los estudios literarios –anunciado ya por Paul de Man– impulsó una ampliación de las preocupaciones por esta disciplina en autores que no se dedicaban a la crítica textual. Agamben, Cerquiglini, Derrida (*Mal de archivo*), Gumbrecht (*Powers of Philology*), Warren, Said, Hamacher, Antelo, y Pollock son algunos de los exponentes que se dedican a hablar de una “crisis” o “muerte de la filología”, que verá el surgimiento de “archifilologías”, “archivologías” o “posfilologías”, filologías decoloniales y posmodernas que permitan a esta ciencia del siglo XIX sobrevivir a la muerte del autor –como la explica Barthes– y a las elaboraciones filosóficas sobre la diseminación del texto propuesta por Derrida (*La diseminación*).

Algunos de ellos identifican en la crisis de la filología una necesidad de establecer un retorno a una cierta originalidad de la práctica, un regreso a la Antigüedad Clásica; en fin, a la filología alejandrina, encargada de leer, ordenar los textos y conservarlos (Pfeiffer). Esta lectura, encarnada especialmente en Werner Hamacher, caracteriza a la filología como una práctica de lectura vinculada al amor por la palabra y por los discursos, recuperando la etimología del término. En este proceso, Hamacher señala la crisis a la que se enfrenta la filología decimonónica propuesta como una ciencia, en tanto él entiende que hay procesos “profundamente emocionales y humanos” en toda filología, y, por lo tanto, no reductibles a una ciencia (Hamacher 1-3). Por otra parte, existe una gran cantidad de críticas a la filología tradicional relacionada con la práctica de la crítica textual como única forma de entender la lectura sistematizada como disciplina: autores como Derrida, Cerquiglini, Gumbrecht y Agamben cuestionan directamente la filología académica y disputan el sentido de sus prácticas para proponer alteraciones significativas en su derrotero.

Y de forma contemporánea, esta crítica a los recorridos de la filología en la actualidad cobra fuerza frente a la forma en la que el avènement de internet, la masificación de dispositivos electrónicos y el pasaje a la digitalización de una importante masa de documentos ha transformado el objeto de estudio de la filología: los textos. En este sentido, es importante analizar la era digital como un momento particular en la historia textual que, como explicita Chartier,

hay que entender en su especificidad (...). Al mismo tiempo que deben explorarse y controlarse las nuevas posibilidades procuradas por la reproducción electrónica de los

textos, deben mantenerse lugares en que la inteligibilidad de la cultura del código, del manuscrito o del impreso sea siempre concebible, comprensible (Chartier 208).

Precisamente con el objeto de estar a la altura de las exigencias de especificidad que requiere la era digital es que se utilizará el concepto de “nuevas textualidades” o “textualidades digitales”: se trata de nombrar las escrituras nacidas en medios electrónicos cuya producción está signada por ciertos procedimientos específicos de montaje de textos, en medios y contextos específicos de los que habla Juan José Mendoza

Distintos aspectos, sustantivos aquí, se superponen en la tarea de comprender –desde una nueva perspectiva teórico-crítica– los nuevos corpus y las nuevas textualidades, dispuestos por fragmentos “automáticos”, esto es, motivados por “recortes de lecturas” muchas veces no oficiados por ningún “sujeto lector” sino por fenómenos “maquínicos” y eventuales, algorítmicos, suscitados por los propios avatares del *copy-paste*. ¿Cómo leer la web? Esa interrogación sobre la perspectiva –¿desde qué lugar disciplinar, ¿cómo estudiar, con qué metodologías de trabajo, ese nuevo objeto textual inmerso en la proliferación y en la dispersión y pergeñado de fragmentos? – encuentra su respuesta en una nueva fisonomía de lo literario –su potencia, sus tradiciones, la literariedad misma– que, a su manera, se impone en la era digital. Determinados recortes –temporales, geográficos, lingüísticos, textuales– comienzan a dar forma a los efectivos corpus y los específicos objetos que empiezan a ser examinados por esa nueva perspectiva que, lo entendemos, desde diferentes campos del saber estamos construyendo (“Avatares de los textos” 218).

Como se puede advertir en el propio desarrollo de artículo de 2019 y en su libro *Escrituras past* de 2012, Mendoza trabaja a su vez con una perspectiva particular acerca de este tipo de escrituras y textualidades que es la propuesta por Kenneth Goldsmith en *Escritura no creativa*. Dice Goldsmith:

Hoy, la tecnología ha exacerbado estas tendencias mecánicas en la escritura (...) incitando a que jóvenes escritores tomen como modelo el funcionamiento de la tecnología y de internet para generar literatura. Como resultado, los escritores ahora exploran maneras de escribir que tradicionalmente se consideraban fuera del campo de la práctica literaria: el procesamiento de palabras, la construcción de bases de datos, el reciclaje, la apropiación, el plagio intencional, la encriptación de la identidad y la programación intensiva, por mencionar solo algunas (22).

Estas son las nuevas textualidades que la era digital ofrece y que sin dudas representan nuevos desafíos no solo para la teoría literaria sino también para la filología². Buscando analizar la pregunta por aquella disciplina capaz de escandir la especificidad del estudio estas nuevas textualidades es que en este trabajo se analizarán dos ideas diferentes de los desafíos que enfrenta la filología en una contemporaneidad plagada de textos digitales que le exigen transformarse para mantener su vigencia.

² Autores como Katherine Hayles (2007) abordan estas escrituras o textualidades en su dimensión literaria y en los problemas que representa para la literatura incluso como institución. El trabajo de Hayles y la Electronic Literature Organization resulta clave para abordar ese otro aspecto del fenómeno de las textualidades digitales, que no será objeto de este trabajo.

Daniel Link: una posfilología para las cibertextualidades

Con una trayectoria personal vinculada al Instituto de Filología Amado Alonso, Daniel Link publicó en 2015 *Suturas. Imágenes, escritura, vida*, un extenso ensayo en el que desde un comienzo aborda algunos problemas en torno a la caracterización disciplinar de la filología desde el foco de la crítica literaria. Link comienza su trabajo analizando la influencia de la filología en la construcción del objeto literatura, las teorías desarrolladas en torno a él, y la influencia que ha sostenido en otras disciplinas; considera además que la filología se fundó durante el siglo XIX como un saber metadisciplinario establecido en correlación con el proceso de masificación de la imprenta: un modo de procesamiento de la masa textual que comenzaba a producirse y reproducirse. Frente a la masificación, el interés de los filólogos se vuelve al manuscrito, al códice único diferenciado de otros por minúsculos detalles en los que podía radicar el descubrimiento de una particularidad, un origen único de obras que luego fueron reproducidas en cientos de miles de copias iguales. Así, la filología pasa a ser la “filología del detalle (es decir: filología a secas)” (Link 124), ordenada a partir de un método que exige la máxima erudición posible para producir la versión más cercana objetivamente al origen de cada texto.

Para Link, el estatuto científico que la filología construyó para sí misma a partir del siglo XIX (Gumbrecht, “Presentación”) facilitó la organización de un reparto de credibilidad y prestigio que permitió organizar el campo de las humanidades bajo la tutela general de la filología. Así, se organizó un campo disciplinar y con él

el estado al que ha llegado la filología a partir del impulso de Wolf y de Ritschl: el estudio sistemático y crítico de la lengua transmitida por los textos y el estudio de la historia y de las llamadas ciencias auxiliares como la epigrafía, la numismática, la arqueología. (...) La primera es ciencia pura. La segunda es estética y ética. La primera es conocimiento positivo; la segunda, saber intempestivo. (...) Anterior a la lógica de la ciencia e incluso anterior a la lógica del historicismo en el que abreva la ciencia filológica, está la óptica de la vida (Link 44).

La filología como “ciencia pura” o “conocimiento positivo” son concepciones gestadas entre los siglos XVIII y XIX por las cuales tanto el lenguaje como los textos eran susceptibles de ser estudiados bajo criterios objetivos y métodos capaces de garantizar un acceso a su origen o las exactas condiciones de su producción (“Apuntes sobre la lingüística”). Esta tendencia a descubrir mediante métodos positivos el origen de los textos (Scotto, “En todo, el origen”) ordenó a la filología desde el siglo XIX, y Link advierte que en la contemporaneidad es esta característica la que le impide salir de la situación de crisis disciplinar en la que se encuentra:

la filología se sobrevive a sí misma en la medida en que se destruye como ciencia positiva y en la medida en que se desembaraza de una concepción (historicista) del tiempo homogéneo y lineal. La filología que había sido vista (por su afán de descomposición) como la destrucción de su objeto debe ser destruida (Link 38).

Retomando las caracterizaciones que Edward Said hace de la filología, es preciso señalar en estos términos la vinculación entre la práctica filológica y la lectura: dentro de cierto consenso al respecto, la filología es lectura, pero no solamente esto, y a la vez hay formas de lectura que no se corresponden directamente con la filología. En este sentido, Link hace una descripción de aquellas prácticas que sí identifica como filología: particularmente, ciertas formulaciones en torno a la *close reading*. Para abordar esta cuestión, Link diagnostica una “crisis de las humanidades”:

que supone la crisis de un método de lectura, la *close reading* propia de todos los formalismos. (...) Al historizar las formas de leer (...), marcaría una discusión a propósito del *lugar* que ocupa la *literacy* (la habilidad de leer y escribir, y todo el universo cultural asociado con esas prácticas, cuyo punto de incandescencia sigue siendo la poesía) entre las demás prácticas. Cada uno de estos tiempos se corresponde con un período de la Modernidad: la modernidad letrada, que impuso la lectoescritura como obligatoria y necesaria para la constitución de los Estados Nacionales y el funcionamiento de las sociedades democráticas. La modernidad massmediática, al mismo tiempo que la crisis de la modernidad letrada, señaló la crisis de la pedagogía de la lectoescritura y la modernidad neo-letrada (desde el cambio de milenio hasta nuestros días). Algunos comparan ese umbral crítico con la invención de la imprenta (Link 119).

La disputa por qué modo de lectura es el primordialmente filológico, si la *close reading* propia de los eruditos del XIX o de “la *far reading* de los culturalismos y la *distant reading* propuesta por Franco Moretti como clave de su comprensión de la *Weltliteratur*” (Link 120-121) se ve interrumpida por la emergencia de nuevas formas de leer propias de la cultura digital. Estas nuevas formas, generadas por innovaciones tecnológicas, requieren nuevas estrategias de lectura porque suponen otro tipo de texto, digital, en pantalla, y, por lo tanto, para Link también suponen otra forma de ejercicio de la *literacy*, del aprender a leer y a escribir; quizás incluso nuevas alfabetizaciones. Así, la lectura que requieren estos textos no necesariamente se puede continuar concibiendo como más cercana o lejana, sino que debe ponerse en conversación con las necesidades del nuevo tipo de textos. Estas nuevas alfabetizaciones requerirían, en fin, situar la práctica de escritura en relación con las nuevas tecnologías (los *literacy studies*) y “no sería demasiado osado suponer que nos enfrentamos a una nueva revolución de los patrones de lectura y, por lo tanto, de alfabetización (una ‘nueva filología’)” (Link 23).

Es claro que existe una tensión entre los modos heredados del siglo XIX de entender la práctica filológica, sus respuestas del siglo XX y un nuevo contexto que deja obsoletas a estas discusiones: no se resolvieron, pero su objeto de estudio fue transformado. A las nuevas formas de leer filológicamente la cultura digital, Link las caracteriza como “posfilología”: “llego pues, no a la filología sino a la posfilología, a la que tal vez convenga poner en correlación con el naciente geocriticismo (...). Y llego a la filología después de su *necesaria* destrucción” (Link 36).

Ni *close reading* ni *far reading*: se trata de una lectura con operaciones restringidas. En la era digital, la lectura ejerce las “operaciones añadir, buscar, cambiar, destruir” (Link 122). Y para Link pensar en una posfilología de estas operaciones a la vez humanas y propias de un soporte que los usuarios que escriben no acaban de comprender, implica necesariamente

empezar a reflexionar sobre la no-humanidad y el carácter incluso inhumano del nuevo medio. O en la posibilidad de que el medio supere gradualmente nuestra capacidad de *add, browse, change and destroy*, o, lo que es lo mismo, que seamos nosotros quienes nos convirtamos en el objeto último de la manipulación digital (Link 123).

Las preguntas habilitadas por Link en esta cita permiten acceder a una forma particular de la cuestión filológica: delimitar qué significa leer en la era digital traza necesariamente las tareas de una filología nueva, de una posfilología encargada de estudiar las transformaciones de la pantalla. Link confía en las posibilidades de transformación de la filología: concibe que sus prácticas disciplinares pueden cerrarse en aquellos puntos en los que solo admite la cultura libresca. Supone que la posfilología es capaz de destruir su tendencia a la *close reading*, abriéndose a nuevas formas de leer; destruyéndose como ciencia positiva, centrada en la

linealidad temporal de la reconstrucción de un origen y generando un nuevo objeto de estudio: el presente.

La filología, los métodos de *close reading*, los métodos de *far reading*, y una vez que el ciclo entero recomienza, una filología infraleve o, para decirlo con palabras de Werner Hamacher, una ‘posfilología’, una práctica entendida ahora como posthistoricista, e, incluso, como posdeconstructiva:

Una posfilología o una filología infraleve cuya condición de posibilidad es (...) la posibilidad de su propia destrucción. (...) La posfilología no solo toma como objeto el pasado, sino también el ‘presente vivido’. (...) Y por ese amor al presente y al mundo, y por los imperativos éticos y metodológicos que deducimos de ese amor es que podemos pensar la filología infraleve como manera de adecuarnos al poema diferencial de nuestro tiempo, libres de la dialéctica de lo cercano y lo lejano, o mejor, habiendo llevado esa dialéctica de lo cercano y lo lejano, a un plano de consistencia donde lo que importa es ahora el tiempo (Link 124).

Ya no importan las disquisiciones entre *close*, *far* o *distant reading*: Link abandona la metáfora espacial “porque no hay separación posible entre lo que está escrito y lo que vive (y, por lo tanto, lo que lee)” (Link 125); privilegia, en cambio, la metáfora temporal: la posfilología lee según la “afectación al Tiempo y a los tiempos: una lectura ni cercana ni lejana, sino ‘en cámara lenta’, un *ralentí* (escribió Roland Barthes en *S/Z*). En ese ralentamiento o *rétard* aparecerá lo infraleve, lo que en la poesía y el arte vive todavía” (Link 125). Es precisamente en el tiempo donde hace foco Link: una junta de tiempos, pasado y presente, que no podrían ser sino consecutivos en la lectura del papel, pero que en la pantalla encuentran otra temporalidad posible.

En esta forma de pensar la filología resuena, inevitablemente, Bernard Cerquiglini, figura central de la *New Philology*, quien ya en *Éloge de la variante* (1989), había expuesto la noción de “variancia” para referirse a una característica central de la literatura medieval. En contraste con el libro moderno, los textos medievales (al menos si se aspira a ejercer sobre ellos una lectura similar a la medieval) solo pueden leerse, según Cerquiglini, por medio del montaje y la confrontación en un plano más amplio que el de dos páginas encuadernadas. Cerquiglini propone como especialmente productivo para la lectura de textos medievales ejercer un contrapunto entre ellos y el texto que él llama “pantallístico”, aquel propio de las nuevas tecnologías. Este texto, regido por nuevas leyes, fluido, posee las mismas exigencias de lectura que el texto medieval, y debe ser leído y estudiado a través de una “obvia solución” (Cerquiglini 79): un nuevo soporte, la computadora, que ofrece al lector la simultaneidad de sus ventanas abiertas. Para Cerquiglini la superposición excesiva, la mutabilidad de los registros, la transformación constante de los textos medievales y digitales pueden abrir el juego a una nueva filología, que por fin se vincule con los códices medievales en su plena variancia.

Para Cerquiglini, como para Link, finalmente, la filología debe adoptar como objeto las nuevas formas del texto por una necesidad doble: para habitar las textualidades propias de la contemporaneidad, pero también como estrategia para un acercamiento nuevo, quizás más cabal, a textualidades pasadas. Tanto en Cerquiglini como en Link el atractivo del texto electrónico radica en una cuestión temporal: habilita la lectura de a saltos, simultánea, ralentizada, en montaje. Para Link, la posfilología es una nueva forma de la lectura y el procesamiento de textos que inició la filología en el siglo XIX; pero ya no es una lectura lineal, sino que se propone como disciplina que ha renunciado a la positividad que le exigía su tradición científica para atender los avatares del presente donde todo texto habita la pantalla, no ya la página, en simultaneidad con otros, y se presenta para ser leído de esa manera.

El tiempo de vinculación con un archivo (el objeto de la filología para Link) es en tiempo presente y pasado a la vez. Este sería así un objeto históricamente instalado en el espacio, como lo dice el título del libro, en la sutura entre la cultura que alguna vez fue, y que quizás ya no sea, y aquello que es. La filología tiene como objeto el archivo de culturas que necesitan ser leídas en sus propios tiempos:

una noción de archivo que asociara la voz y el silencio, la seducción y la audición, y que nos permitiera pensar en el papel que las fantasmagorías cumplen en relación con la memoria y la cultura, es decir: en la sutura entre pasado y presente, y entre dos tipos de cultura: la cultura letrada y la cultura digital (Link 363).

Mendoza: una filología de las textualidades

A partir de aquí, resulta interesante vincular este último planteo teórico de Link con otro académico argentino que mantiene una postura particular con relación al vínculo entre cultura letrada y cultura digital. Juan José Mendoza expone en *Escrituras past* (2012) las tensas relaciones entre la cultura letrada, la cultura industrial y la cibercultura, tres modos de producción y de circulación cultural que estarían en plena encrucijada de reparto de preeminencias entre fines del siglo XX y principios del XXI:

mucho más acá, pero en conexión con estos debates, se impone sobre el fin del siglo XX y principios del XXI la discusión en torno no sólo de la relación entre cultura letrada y cultura industrial sino también entre éstas con la «cibercultura». De allí emergen una serie de trabajos que tangencialmente atañen incluso a la historia de la informática y están caracterizados por el estudio de la relación específica entre literatura y era digital (*Escrituras past* 55)

Pocos años después se sumará a esta serie de trabajos el ensayo del propio Mendoza “Avatares de los textos en la época de la reproductibilidad digital. (Ensayo para una historia de las textualidades)” en el que explicita que la cibercultura ha dado pie a “nuevos avatares de la textualidad [que] están suscitando la necesidad de constituir un nuevo campo de trabajo pergeñado con las tradiciones de la filología, la historia del libro, la historia literaria, la teoría y la crítica” (203).

En un escenario de diversificación de respuestas posibles para el problema de las nuevas textualidades, Mendoza propone que la filología puede extender su competencia disciplinar y permitir un abordaje específico en términos históricos:

en la era digital el cibertexto (entendido como máquina de producción de variedades, organizaciones no-lineales de los textos) surge como portador de muchas formas de textualidades precedentes, cifrando en su interior, a su vez, muchas historicidades superpuestas. Entendida así, la textualidad digital comienza a dar motivos para una nueva reflexión teórico-crítica-filológica (“Avatares de los textos” 205).

La lectura de estas tres formas de “lo letrado” implica una reflexión de carácter filológico que puede entenderse como un cierto regreso a una perspectiva de corte histórico, además de teórico y crítico: para Mendoza, la tarea que podría ocupar a la filología en adelante, si desea estudiar la cibercultura en su especificidad, es la de ejercer:

una “Historia de las textualidades” que sea capaz de abarcar la relación dialéctica entre varias historicidades en conflicto: la de los textos y la de las culturas. La cultura letrada,

la cultura industrial y la cibercultura serían algunos de los grandes bloques operativos de esta historia que, desde luego, también sería necesario deconstruir (“Avatares de los textos” 221).

En esta “Historia de las textualidades” resuena, claro, la *Textgeschichte* promulgada por Friedrich Wolf, padre de la filología moderna, en su *Darstellung der Alterthumswissenschaft*, Representación de la Ciencia de la Antigüedad, uno de los textos fundacionales de la filología moderna, en el cual Wolf sienta los parámetros de científicidad proyectados para el tratamiento de obras clásicas. Nuevamente, como en la filología alemana de comienzos del siglo XIX, parece importar la potencia de la filología para hacer un trabajo histórico y metatextual: “ninguno más plural, más actual, más prolífico que aquel que a lo largo de la historia siempre proveyó como punto de partida explícito el enfoque interdisciplinario –lingüístico, histórico, paleográfico, material, literario– hacia su objeto de estudio” (Mendoza 202). Este es el mismo trabajo que proponía Wolf para la “ciencia de la Antigüedad”: una ciencia “cuyas fuentes tomen como material restos de viejos tiempos, viejas obras, viejos monumentos” (Wolf 31), y que “utilice recursos de la historia, de la historia del arte, de la geografía” para estudiar “la historia de los pueblos” (Wolf 53).

Hay una clara referencia a la histórica interdisciplinariedad a la que parece llamada la filología incluso desde su fundación como disciplina académica; y en esta interdisciplinariedad radicaría “lo que le da a la filología su fuerza para adaptarse a los nuevos tiempos y plantarse como una de las soluciones para abordar los nuevos corpus de la era digital” (“Avatares de los textos” 202). Los términos en los cuales Mendoza concibe a la filología están mucho más ligados al estudio histórico de los textos y de las condiciones de producción de lo letrado que al mero ejercicio de lectura, traducción y transmisión de textos. Los referentes de esa filología que señala postulan “el ‘retorno de la historia’ (Gumbrecht, Romero Tobar, Rubio Tovar et al.) y, con ella, enuncian una vigencia notable (...) de la vieja diosa –como Rubio Tovar llamara en 2004 a la filología– para encontrar, en el depósito de preguntas sobre la historia que ella misma condujo, un nuevo horizonte teórico” (“Avatares de los textos...” 205-206).

Aquello que vincula el estudio de la historia de la filología con los debates que pueden surgir a propósito de su nuevo horizonte teórico pareciera ser un punto de contacto entre Link y Mendoza: mientras que la filología presenta una desactualización en ciertas formas decimonónicas de ejercer el estudio de su objeto y requiere una renovación de sus métodos y prácticas para adecuarse a los requerimientos de las nuevas tecnologías y la cultura digital, en el estudio de su historia pueden encontrarse respuestas. Link propone que la respuesta para recuperar la actualidad de la filología radica en estudiar el pasado no como un continuo lineal sino como un conjunto de construcciones realizadas desde e íntimamente vinculadas al presente (como propone la ya mencionada archifilología de Antelo), que también es el objeto de la disciplina. En ambos casos, la teoría encuentra respuestas en la historización de su disciplina; de alguna manera, como indica Agamben, en el análisis de la historia disciplinar radica el verdadero ejercicio filológico propio de “todas las disciplinas crítico–filológicas que actualmente se denominan, con cierta impropiedad, ‘ciencias humanas’” (205). Para Agamben, “un conocimiento de la esencia y de la historia de la filología debiera ser la condición preliminar de toda educación literaria: y sin embargo es un conocimiento difícil de hallar incluso entre los filólogos” (202). Este ejercicio doble se instala como característica central de la filología, la cual

habita desde antiguo la tensión entre el impulso de una ‘misión arqueológica’ –que entraña el riesgo de lo inabarcable– y una necesidad de ‘clasificar, jerarquizar, ‘autorizar’

sus hallazgos' (Lois 48), una tensión entre la búsqueda de lo antiguo y su ordenamiento desde la perspectiva del presente (Ennis y Pfänder 15).

En este espíritu, la tarea que Mendoza señala para la filología es estudiar el pasado sin abandonar el presente: analizar la historia de la disciplina indagando en los modos de producción del conocimiento bajo la perspectiva de una temporalidad contemporánea. Dado que desde sus orígenes la filología se ha ordenado en torno a una “pregunta por el origen, la fuente, el lugar de procedencia de determinados fragmentos” (“Avatares de los textos” 212), la historia de las textualidades asume un rol preponderante en torno a la pregunta por “los orígenes de los fragmentos de textualidad flotante de la era digital, al tiempo que viene a otorgar un nuevo programa de trabajo, capaz de incluir dentro de sí muchos otros trabajos ya en curso” (213).

Según Mendoza, la era digital incluye modos de lectura que denomina “maquínicos” y que pareciera coincidir con aquellas “operaciones de lectura” que componen la cultura digital (“añadir, buscar, cambiar y destruir”) señaladas por Link en *Suturas*. Estos fenómenos “suscitados por los propios avatares del copy-paste”, como describe Mendoza (“Avatares de los textos” 218) implican propuestas novedosas en torno a los métodos tradicionales de la filología. ¿Qué queda del *know-how* de la filología tradicional, “reina de las humanidades”, como la llama Pollock (2015), del siglo XIX? Dice Mendoza que, para estas preguntas, también,

la historia de las textualidades comienza a ser una respuesta. A fin de comenzar a desandar ese arduo camino, una de sus estrategias ha consistido en tomar del modelo de trabajo de la ecdótica y la crítica textual para concebir una nueva historia de los textos, palpable efectivamente en un sinnúmero de proyectos de digitalización de acervos bibliográficos y fondos documentales. Al mismo tiempo, en un contexto de proliferación textual, dentro de los trabajos de digitalización emergen como fundamentales las preguntas por las fuentes fidedignas: las preguntas sobre las condiciones de producción y los avatares de la inscripción en la propia historicidad de los textos (“Avatares de los textos” 218).

Así, en medio de una crisis disciplinar, que se enfrenta a un objeto transformado a partir de las nuevas textualidades, con un caudal mucho mayor a aquel que se había consolidado como “masivo” durante el siglo XIX, y con requerimientos teórico-disciplinarios a la altura de nuevas herramientas de manipulación de estos materiales, la filología no pierde toda validez como método interpretativo. Quizás dentro de sus tradiciones y métodos, o al menos de algunos de sus perfiles metodológicos, se esconden líneas de trabajo que, transformadas, puedan resultar en nuevos paradigmas para leer la cultura digital.

Se ha repetido hasta el hartazgo que internet es el Aleph borgeano. En su ensayo, Mendoza avanza un paso más y propone que la cultura digital es, de alguna manera, la enciclopedia que describe a Tlön:

Es que Internet hace un uso laxo de todas las tradiciones narrativas y convierte las copias en algo incluso más “deseable” que el original, promueve el surgimiento de un “pasado virtual” –siguiendo con aquella apología de los géneros menores que la época celebra– y remoja planteamientos de sociedades secretas o mundos paralelos ya ensayados por la literatura. Como en “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, donde Borges remite a una lejana sociedad secreta que decide fundar un universo y lo imagina dotado de su filosofía, su geografía, su lenguaje, tal una cosmología enciclopedista que con fascinante poder de anticipación se adelanta a todo lo que efectivamente ahora se vislumbra en Internet

(“Avatares de los textos” 211).³

De alguna manera, la enciclopedia de Tlön tiene como contenido central la acumulación de todos los presentes posibles: es la suma perfecta de un caos continuo, sin espacio, regido por la temporalidad y no por las distancias. De manera similar, internet no se encuentra en ningún lugar físico único: se desarrolla precisamente en la conexión entre el pulsar de las bibliotecas de memoria, infinitos kilómetros de cable de fibra óptica, satélites y los cientos de miles de millones de dispositivos que acceden a la web; transcurre en la experiencia de sus usuarios, y su inmensa red de universos presentes, fácticos e imaginarios, todos interconectados, vinculados, *linkeados*. Es como una grotesca enciclopedia donde todo tiene lugar, que en su virtualidad lentamente comienza a fagocitar la existencia de todo lo que está fuera de ella. No hay una organización sistemática de todo lo que hay para leer en la contemporaneidad de los textos digitales; de hecho, su puesta en papel ya resultaría agobiante: solo es concebible en un universo virtual, y, sin embargo, la virtualidad opera como un factor cada vez más presente en la realidad no virtual. Aquello que existe en internet ya no es una realidad alterna, lo que ocurre en la red es parte de la vida política, económica, social de las personas y ordena con sus reglas la vida extra-virtual.

Pareciera que en efecto internet es como la enciclopedia de Tlön: errática, llena de temporalidad y vacía de determinaciones espaciales. Y, sin embargo, las metáforas borgeanas no terminan de representar la cibercultura: tanto el Aleph como la enciclopedia de Tlön tienen lectores que, al menos inicialmente, atraviesan su estructura y se internan en esos universos desconocidos. Son lectores confundidos, hasta ignorantes, como Carlos Argentino Daneri o Herbert Ashe; pero también hay testigos privilegiados de estas indómitas realidades, como el propio Borges personaje de sus cuentos. En nuestro universo, ¿quiénes son esos testigos privilegiados? ¿quiénes serán capaces de leer, de interpretar, de hacer la exégesis de esa enorme masa de información que es la enciclopedia de Tlön, la *big data* que nos contiene? Su contenido es la historia del presente, y quizás sea una información demasiado valiosa para no abrirla y abandonar definitivamente la estructura borgeana del protagonista ignorante y el testigo privilegiado; quizás sea demasiado importante como para no democratizarla en estrategias de apertura de una nueva filología, dedicada a leer en cámara lenta, a analizar lentamente el tiempo pasado en el tiempo presente. La ficción borgeana en particular, pero la literatura en general, en palabras de Mendoza, está llena de “mundos compensatorios, universos de evasión, y la era digital toma de la literatura su capacidad para crear esos otros mundos” (“Avatares de los textos” 211). La filología quizás sea una disciplina privilegiada, precisamente, para comenzar, crítica y sistemáticamente, a leer esos mundos.

Retomando el comienzo de este trabajo, pensar en el devenir de la disciplina filológica como un objeto de estudio en sí mismo que podría eventualmente dar cuenta de ciertas transformaciones de la lectura de la cultura escrita permite insertar perspectivas contemporáneas, latinoamericanas, habladas y escritas, habitantes de márgenes que arrojen nuevas miradas sobre el cuerpo principal de la filología tradicional. La mención de Antelo o de Said como figuras que elaboran propuestas innovadoras tiene que ver precisamente con un posicionamiento a partir del cual quizás sea posible arrebatar a la filología –en este instante de peligro, de crisis– de las garras de un conformismo que pretenda reducirla únicamente a releer papeles viejos en una biblioteca. La *archifilología* que propone Antelo –como la *archivologie générale* de Jacques Derrida en *Mal de archivo*– se aleja a pasos agigantados de la filología

³ Mendoza a lo largo de todo su artículo hace referencia a internet como un ente con cierta identidad propia. Se toma la decisión de mantener la mayúscula del original para respetar los términos en los que el autor nombra su objeto de estudio.

tradicional porque se propone como una lectura “más allá de los parámetros convencionales formulados por el alto modernismo, un proceso en el que operaría mucho menos la discriminación que la superposición” (Antelo 275). Se trata de una perspectiva mucho más compatible con la navegación por internet que lo que tradicionalmente se entiende por “lectura filológica”. Propone no tanto seleccionar aquello que es importante leer, sino ejercer una mirada sincrónica, superpuesta, en montaje: precisamente aquello que demanda internet de sus usuarios. Pero es imposible que esta nueva disciplina sea concebida ignorando la pasión por el detalle y los intervalos que es propia de la filología, que de hecho la filología transforma y renueva: detalles e intervalos en los que, como recupera Antelo (272), para Borges, Aby Warburg y Gustav Flaubert, habita Dios. Un dios, como el Aleph, en el que puede ser visto y leído todo aquello que deba serlo. Enfocar la lectura desde los márgenes –práctica propia de la filología más tradicional–, atender a las glosas que hacen académicos latinoamericanos sobre la lectura, será una tarea que permitirá hacer estallar el sentido del texto fijado, habilitando estrategias diferentes que se encargarán de estudiar esa masa ingente de puntos escritos que es internet.

Consideraciones finales

En este trabajo se han reseñado algunos aportes de teóricos, críticos y filósofos que caracterizan la crisis disciplinar y teórica que atraviesa la filología en la contemporaneidad. No sólo debido a la circulación de nuevas concepciones de lectura sino también a partir del avènement de la cultura digital, la filología requiere construir nuevos métodos, que desanden aquellos que la caracterizaron en el último siglo, para no caer en la obsolescencia. En este sentido, parecen manifestarse claramente dos movimientos: uno que sale de la filología como respuesta a su propia crisis, en busca de renovación; y otro que proviene de la contemporaneidad, aparece en función de las novedades de los soportes tecnológicos de los textos, y va hacia la filología en busca de respuestas, pensando en cómo procesar ese ingente caudal de objetos textuales.

La exploración de los trabajos de Link y de Mendoza revela diversas maneras de vincular estos dos movimientos: la relación entre la filología y la cultura producida en la era digital. Y, en el corazón de estas maneras de vincularlas, aquello que permanece estable es la problematización de las categorías de “textualidad” y de “lectura”. Nuevas textualidades surgen de los avances tecnológicos, textualidades diversas manifiestas en simultáneo, que no se conciben con la lectura consecutiva, sucesiva, de la lectura en papel: las imágenes de estas textualidades se presentan en pantallas conectadas, y las operaciones de lectura de esas textualidades son fragmentarias, aquellas propias del recorte, la inserción y la eliminación. En este sentido, la filología parece encontrar, en los autores mencionados, dos estrategias fundamentales: concebir a la lectura en términos de tiempo, y no ya en términos de distancia (como se concibió en las teorías sobre la *close reading*, la *distant reading* y la *far reading*); y un regreso al estudio histórico de las textualidades, como forma de explorar nuevos modos de entender la cultura indagando en las condiciones de posibilidad que la construyeron.

La contemporaneidad conlleva nuevas formas de la realidad atravesadas por textos, no ya como los concebía Chartier, sino digitales, virtuales. El avance de lo virtual y lo digital necesariamente transforma los modos construidos de entender la cultura. En este sentido, será necesario establecer disciplinas especializadas en la formación de estrategias para leer estas nuevas textualidades, procesarlas, captarlas en su diversidad, su variedad, su simultaneidad: leer las pantallas como ventanas a nuevos mundos posibles, ideales y materiales, radicados en el punto exacto de sutura entre el pasado y el presente.

Obras citadas

- Agamben, Giorgio. “Programa para una revista”. *Infancia e historia*, Adriana Hidalgo, 2004 [1979], pp. 191-206.
- Antelo, Raúl. *Archifilologías latinoamericanas. Lecturas tras el agotamiento*. EDUVIM, 2015.
- Barthes, Roland. “La muerte del autor”. *El susurro del lenguaje*, Paidós, 2013 [1984], pp. 65-72.
- Borges, Jorge Luis. “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”. *Obras Completas Edición Crítica*, tomo I, Emecé, 2010 [1944], pp. 831-841.
- Cerquiglini, Bernard. In *Praise of the Variant. A Critical History of Philology*. University of Chicago Press, 2005 [1989].
- Chartier, Roger. *Cultura escrita, literatura e historia: Coacciones transgredidas y libertades restringidas*. FCE, 2000.
- De Man, Paul. “The Return to Philology”. *The Resistance to Theory*, University of Minnesota Press, 1986, pp. 21-26.
- Derrida, Jacques. *Mal de archivo*. Trotta, 1995.
 _____ *La diseminación*. Epiral, 2003 [1975].
- Ennis, Juan Antonio. “Rodolfo Lenz: economías de la lengua y políticas de la lingüística”. *Boletín de Filología*, tomo 51, n° 1, 2016, pp. 117-145, SCIELO, <https://scielo.conicyt.cl/pdf/bfilol/v51n1/art04.pdf>.
 _____ y Stefan Pfänder. *Lo criollo en cuestión*. Katatay, 2013.
- Goldsmith, Kenneth. *Escritura no creativa. Gestionando el lenguaje en la era digital*. Caja Negra Editora, 2015.
- Gumbrecht, Hans Ulrich. “Presentación. La situación de la ‘Literaturwissenschaft’ alemana: análisis y perspectivas”. *La actual ciencia literaria alemana*, de Hans Ulrich Gumbrecht et al., Anaya, 1971, pp. 9-29.
 _____ *The Powers of Philology. Dynamics of Textual Scholarship*. University of Illinois Press, 2003.
- Hamacher, Werner. *95 tesis sobre la Filología/ Para –la filología*. Miño y Dávila, 2011.
- Hayles, Katherine. “Electronic Literature. What Is It?”. *The Electronic Literature Organization*, 2007, <https://www.eliterature.org/pad/elp.html>, consultado el 9 de agosto de 2021.
- Link, Daniel. *Suturas. Imágenes, escritura, vida*. Eterna Cadencia, 2015.
- Mendoza, Juan José. *Escrituras past_*. Sigueleyendo, 2012.
 _____ “Avatares de los textos en la época de la reproductibilidad digital. (Ensayo para una historia de las textualidades)”. *Bibliographica*, n° 1, vol. 2, 2019, pp. 199-224 <https://bibliographica.iib.unam.mx/index.php/RB/article/view/21/128>.
- Pfeiffer, Rudolf. *History of Classical Scholarship. From the Beginnings To The End of the Hellenistic Age*. Sandpiper Books, 1998.
- Pollock, Sheldon. “Introduction”. *World Philology*, editado por Sheldon Pollock et al., Cambridge University Press, 2015, pp. 1-24.
- Said, Edward. “The Return to Philology.” *Humanism and Democratic Criticism*, Columbia University Press, 2004, pp. 57-84.
- Scotto, Victoria. “En todo, el origen: un recorrido por el contacto entre la lingüística y la filología en el siglo XIX alemán”. *Revista argentina de historiografía lingüística*, vol. 9, n°2, 2017, pp. 115-129.
 _____ “Apuntes sobre la lingüística y la filología: una lectura del siglo XIX alemán y su proyección en Lachmann y Schleicher”. *Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura*, vol. 7, n° 13, junio de 2020, pp. 36-55.
- Topuzian, Marcelo. *Muerte y resurrección del autor (1963-2005)*. Ediciones UNL, 2014.

Warren, Michelle. "Post- philology". *Postcolonial moves: medieval through modern*, de Patricia C. Ingham y Michelle R. Warren, Pallgrave Macmillan, 2003, pp. 19-45.

Wolf, Friedrich August. *Darstellung der Alterthumswissenschaft*. August Lehnhold, 1808.